

Óscar de la Borbolla. *Nada es para tanto*. México: Joaquín Mor-  
tiz, 1991.

Óscar de la Borbolla, conocido catedrático de la UNAM, publicó en 1991 una novela con reminiscencias picarescas, muy al estilo de la década de los noventa, llamada significativamente *Nada es para tanto*. En los tiempos finiseculares de lo efímero, lo desechable, el título de la novela adelanta la idea predominante no sólo de la novela sino también de nuestra vida.

En *Nada es para tanto* presenciamos la formación del pícaro moderno por las mismas causas que en la picaresca española, es decir, por los

vicios de la sociedad y la marginación del anti-héroe. Borbolla empieza contando, explícitamente, sin los rodeos de la novela picaresca, la historia de la madre del protagonista, quien supera cien veces a las madres del Lazarillo y del Guzmán.

La novela gira en torno de Gabriel, un joven de 18 años, que inicia su conocimiento de la vida moderna. El personaje, a lo largo de la narración, se dará cuenta de lo efímero de las cosas y de la poca importancia que tienen los sentimientos en una ciudad como México que lucha por alcanzar la modernidad sin lograrlo.

*Nada es para tanto* tiene una narración lineal, sencilla y contundente; un narrador que constantemente se mezcla con las voces de los personajes; un lenguaje llano y cotidiano sin caer en la imitación del habla popular. El elemento principal que hace tan divertida la novela es el humor, negro y trágico, que abunda en la narración. El lector ríe de las desgracias y momentos ridículos que le suceden al protagonista y que bien pueden ocurrirle a cualquiera. A imitación de la técnica picaresca, en la novela hay una deformación de la realidad con fines caricaturescos y grotescos, principalmente en los momentos eróticos, por ejemplo, cuando una vieja hace el sexo con Gabriel: "aquellas carnes no sólo lo cubrían, sino que se colaban debajo de su espalda hasta tocarse, lo envolvían. La doña se lo estaba cogiendo entero; era una vagina gigantesca..." (46). La caricatura es utilizada para ridiculizar y mofarse de los lugares comunes, de los clichés de la sociedad mexicana.

En el primer capítulo de la novela, "Desde los tiempos en Xochimilco", Borbolla nos narra la discusión de Gabriel con su padre, el barbero. Con una interesante técnica cinematográfica, el narrador omnisciente describe un fragmento de la discusión haciendo enseguida un *flash back* a la vida de los personajes para después retomar la discusión entre el barbero y su hijo.

Gabriel, el protagonista, se niega a seguir con la tradición de barberos que instauró su bisabuelo. Y así, abandona el monótono, pero seguro seno paterno para salir a la ciudad "más grande del mundo". La ciudad de México es un elemento clave para el desarrollo de Gabriel. Asimismo, es notoria la influencia que ésta ha ejercido sobre los narradores mexicanos, al respecto Federico Patán dice:

La ciudad irá entrando en nuestra esencia cada vez con mayor vigor, metamorfoseándose con lógica al parecer impecable. La creamos sin saber que terminaría creándonos. Pluma en mano, los narradores explican o por lo menos describen el proceso de esa creación mutua, y cuando hablan del campo, lo hacen a parte de una imagen heredada y

con base en una nostalgia profunda cuyo origen hemos terminado por olvidar (21).

La intromisión de la ciudad en la escritura de Borbolla resulta explícita en el segundo capítulo donde el protagonista comprende lo grande e inabarcable que es la ciudad, la cual ni los taxistas conocen completamente y mucho menos tienen las autoridades inventariada:

Había miles o tal vez millones de pequeñísimos Méxicos contenidos en México: mundos privados y sociedades secretas con unos cuantos miembros que muy difícilmente se aventuraban más allá de las fronteras de ciertas rutinas. [...] vino a darse cuenta de que los círculos en los que la gente se movía resultaban prácticamente impenetrables... (31)

Gabriel, un joven sin preparación, no encuentra los medios para sobrevivir, así que decide comer basura de un restorán de lujo, como muestra de su degradación. Al personaje que comienza siendo un joven aún no maleado, pero con grandes defectos como la flojera y el "valemadrismo" (características muy mexicanas por cierto), poco a poco le nace la ambición por tener dinero, "subir de nivel a toda costa". Es así como pasa de un empleo a otro con rapidez y lo único que aprende son malas mañas.

Finalmente, soluciona su problema de sobrevivencia en la ciudad mediante una vieja fórmula: la prostitución. Recurso común que observamos en la literatura mexicana, como en *El Vampiro de la colonia Roma*. La degradación moral de estos personajes se da paralelamente a la inquietud de vivir la vida a todo lo que da. Gabriel, junto con un amigo circunstancial, viajan a Acapulco para iniciar su vida de *latin lovers*. Allí se enamora perdidamente de una empleada de hotel que lo acepta sexualmente para después desconocerlo. En esta parte Borbolla se burla del enamoramiento color de rosa, del "amor a primera vista" y "verdadero"; comprueba que en nuestra actual sociedad los enamoramientos son rápidos y desechables como un Kleenex.

Decepción tras decepción y desgracia tras desgracia, Gabriel llega, en el último capítulo, a un desdoblamiento: la separación entre el antiguo Gabriel y el ahora convenenciero. La última y peor experiencia del "Gabriel bueno" termina por empequeñecerlo. Borbolla afirma su intención negándola:

...no es metáfora, el otro Gabriel se había encogido, no era sólo un ser achaparrado por la vergüenza, sino un hoyo negro que al faltarle

el sentimiento práctico, la cuota de cinismo, el lado convenenciero que sabe sacarle partido a la vida, se había achicado como una pasa hasta adquirir el tamaño de un caracol (130).

Con una imagen bien lograda, Borbolla nos muestra cómo el Gabriel descomunal y despreocupado pisa y deja embarrado al Gabriel diminuto. El narrador omnisciente llama madurez a este paso —o pisada— que da el personaje: “Había madurado sin notarlo: sólo le quedaba la mitad de sí mismo”. El protagonista termina aceptando el mundo predispuesto, guarda su rebeldía y sus sentimientos en una caja perdida, mira para atrás, suelta una carcajada y dice: “Nada es para tanto”.

La novela de Óscar de la Borbolla se disfruta por el humor, el erotismo, las imágenes bien logradas, pero entre risa y risa nos queda un sentimiento trágico, de pérdida de elementos que antes eran indispensables o que cuando existen ya no funcionan. Una de las varias interpretaciones que puede tener el texto de Borbolla es la de una divertida metáfora de la existencia del hombre en la nada. El lema “nada es para tanto” no es exclusivo de esta novela, sino que ha pasado a formar parte de lo cotidiano.

MARISSA TORRES PECH

*Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM*

#### BIBLIOGRAFÍA CITADA

Patán, Federico. *Los nuevos territorios: notas sobre la narrativa mexicana*. México: UNAM, 1992.